

DON Ignacio Agramonte y Sánchez, Regidor del Ayuntamiento y Licenciado en Leyes, baja, con un signo de concentrada preocupación en el entrecejo, los vestustos escalones de la Real Audiencia de Puerto Príncipe. Entre sus colegas, que andan de aquí para allá, a la buena búsqueda de los resultandos y considerandos, en los legajos que se apoyan en la función civil, hija legítima o natural del Derecho Romano, ha recibido, muy a la sordina, el estupendo notición: —¡Van a trasladar la Audiencia!

—¡Me lo suponía!— ha exclamado gravemente, entre el grupo de contados colegas, un viejo jurisperito de románticos cabellos, color de algodón en rama. Acariándose pensativamente el manojo de pelos, que le llueve en forma de brocha de barbero, de la parte inferior de la boca, más allá del mentón, vuelve a musitar, mientras sus manos nerviosas, presas de una recóndita indignación, limpian con el blanco pañuelo de olán los quevedos que retornan a cabalgar sobre la nariz aquilina:

—¡Ya esto pasa de castaño obscuro! Estamos cercados de intransigentes soplonos, que hacen llegar sus embustes y chismorreos a la Metrópolis. Se está viendo que sentir en cubano, en nuestra isla fatal, es un grave delito que hay que purgar con el fusilamiento o la bartolina; pero que tengan cuidado con lo que hacen, porque "tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe". Aquel grupo de criollos, imbuidos en la atmósfera ideológica y política de la Revolución Francesa, se disgrega, después de una despedida cordial, que encubre el común pensamiento, pues pasa un avinagrado rábula, que los mira de soslayo con sus ojillos de rata, devoradora del papel sellado. Murmura Don Ignacio, en tanto que busca la salida de aquel edificio sombrío y húmedo, como el ambiente colonial:

—¡Cuidado con el soplón, que las inventa antes de salir de la boca! ¡Qué bien se merece la horca!

El Licenciado se dirige ahora, con paso firme y diligente, a su casa. Al llegar junto a la iglesia de Nuestra Señora de La Soledad, cruza la figura prócer de Don Gaspar Cisneros Betancourt, mente clara y vigilante, preocupada, a la sazón, con los problemas del camino de hierro. Escribe

de vez en vez, cartas que llevan este pseudónimo patriarcal: El Lugareño. En dichas cartas refleja su carácter directo y objetivo. También su cubanidad de criollo responsable, que le hace de una conciencia abierta a los rumores universales de la cultura y el progreso, merced a la gravitación de su voluntad estimuladora, para la patria en ciernes. Siempre dispuesto a oxigenar con su buen criterio el ambiente enrarecido. La ejemplaridad de su conducta y de su pensamiento es notoria.

Se han saludado los dos cubanos representativos. Luego, el Licenciado Agramonte y Sánchez traspone el umbral de su casa. Al encuentro le sale un niño delgado, muy espigado de estatura para su corta edad. Es Ignacito, que con una mirada cordial reverencia la bienvenida paterna. El Regidor hunde su mano, pulida y larga, en la melena profusa del muchacho. Después entra en su cuarto de aseo, para quitarse el polvo físico y moral del trajín de la calle, así, en el sosiego íntimo de la familiar sobremesa, cuenta a los suyos los últimos gritos de la crónica ambiental, concluyendo por decirle a su esposa, Doña Filomena Loynaz y Caballero:

—¿Sabes que quieren quitarnos la Audiencia?... ¡Qué calamidad la de esos tagarotes que nos gastamos! ¡Siempre amargándonos la vida!

Susurra Doña Filomena:

—Sosiégate, Ignacio, que "no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista".

Ignacio Francisco de la Merced, descansando su cabeza sobre la mano del brazo derecho, lo ha oído todo sin desplegar los labios, sólo sus ojos, muy abiertos, reflejarán ya la viveza intuitiva de su monólogo interno, ante las palabras de su progenitor, hombre de leyes y de actitudes sospechosas, para los fisgones coloniales de aquel Puerto Príncipe de las primeras décadas del Siglo XIX.

Ya desde la llegada al mundo insular de Ignacio de la Merced Agramonte y Loynaz, la ciudad del Príncipe arrastra el estado moral de las desvirtuadas tentativas de emancipación. Exaltaciones románticas en pos de ideal de libertad. A veces corren el coraje y la sangre, que se vierten en el sendero baldío, por donde cruzan llenos de estrellas y entorchados los Capitanes Generales, los Celadores, los soldados, los cabos de guardia y los agentes del orden público, en la muy fiel y acaso turbulenta isla de Cuba. Sin embargo, subterráneamente el estallido de la revolución poco a

poco se va gestando, como el embrión de los futuros libertadores en el claustro materno. He aquí la fisonomía típica de la superficie de aquel Camagüey colonial: Señorío rumboso y dominador, saraos donde se echa la casa por la ventana y se bailan lanceros y rigodones. Entre tanto, las familias que no quieren adaptarse al desaprensivo ambiente de agio y farmalla, con el retraining expresan su protesta ante el presente estado de cosas. Con frecuencia se ven pasar niños de las familias pudientes, que se visitan entre sí. De la mano del esclavo sojuzgado, marchan a la escuela, para aprender las primeras letras y el catecismo, donde están la ley de Dios y la palabra de Cristo. Y, bajo el mando de Don Leopoldo O'Donnell, venidero Duque de Tetúan, se fusila a un mulato poeta y peinetero que anduvo metido en la mojiganga de malangueta y separatismo, nombrada la conspiración de La Escalera.

¡Vaya, que hubo que hacer eso para escarmiento de blancos de pie chiquito y negros holgazanes y bozalones!

Se grabará en el niño, Ignacio, la primera huella profunda de su vida. Fue cuando los de la ciudad del Príncipe se lanzaron a la liberación de su destino sojuzgado. Las mujeres se cortaron la trenza en señal de protesta y duelo. Era el año 51, y los Joaquín Agüero, Miguel Benavides, Augusto Arango, Zayas, pagaron la osadía de su intentona separatista. En la sabana de Arroyo Méndez, Ignacio los vió tendidos en el suelo, con las bocas sin aliento y los ojos huérfanos de luz. Aquel día, en el muchacho comenzó a nacer el hombre epónimo de la revolución del 68.

Ahora Ignacito asiste al colegio. Sus condiscípulos, mirándole de arriba a abajo, sonríen y se miden con él. Quieren decir con sus gestos: —Este es un gigante bueno que ha venido de un país fabuloso a estar en la escuela con nosotros.

Un día, Don Ignacio Agramonte y Sánchez, tocándole la barbilla a su hijo con ternura, le dirá que ya cuenta sus catorce años y que tiene que aprender mucho.

—Ya has pasado las primeras letras y por tu estatura no cabes en la escuela de nuestro Puerto Príncipe.

Marchará con destino al colegio El Salvador, de Don José de la Luz. ¡Óptimo ambiente para aprender! Don Pepe se encargará de transmitirle su saber, pero también delinearé sabiamente, después de captarlo, los netos perfiles de aquel discípulo singular, ya con la naturaleza predispuesta a saber, pensar y sentir en cubano. Merced a las sobrias disciplinas físicas y mentales el espíritu se le llenará de nobles ideas y el largo esqueleto de carne dura y fuerte. Año de 1859. Relevo del grato Marqués de la Pezuela y llegada ingrata del nuevo gobernador de la Isla de

Cuba, capitán General don José Gutiérrez de la Concha, que levantará el patíbulo para el catalán, conspirador por Cuba, Ramón Pintó. Dice el refrán que "el que se arrima a buen árbol buena sombra le cobija" Por eso, en el colegio de don Pepe, Ignacio enlazará buenas amistades condiscípulares, que más tarde marcharán con él a luchar por el mejor destino de Cuba. Estos amigos son Antonio Zambrana, Rafael Morales y Manuel Sanguily, este último, rubio y ágil muchacho, a quien don José de la Luz le llamara, cariñosamente y admirativamente, el Manuel de los Manueles. Años más tarde, ingresó en la Universidad para hacer buen uso de la toga del abogado. Asistirá los jueves y los sábados al recinto magno, donde Morales, Zambrana, Ayestarán, de Armas, Cancio, Govín y Vidal Morales, despliegan su inteligencia en los ejercicios de la palabra tribunicia. Agramonte se hace orador y polemista, también destaca sobre sus compañeros la influencia de su personalidad. Espontáneamente muchos lo atacan por jefe. Algarada universitaria. Ignacio actúa en este ambiente, como el pez en el agua. Protestas, porque Moralitos, que ha competido en unas oposiciones con Ramón de Armas, se merecía el premio. Pero la mayoría catedrática de los que componen el tribunal, opina que Moralitos es inteligente, pero... no puede llevarse el premio de Derecho Político y Administrativo, pues ha vertido ideas sediciosas y vituperables que pueden comprometer el buen nombre de la Universidad, ante los ojos del Capitán General. Ignacio Agramonte se indigna. Algunos catedráticos, entre ellos, José Ma-



9

4

3000075

LIBRO DE OBSERVACIONES Y NOTAS

... ardiente de la sangre. Con sentido militar y capacidad para movilizar en provecho de la Revolución los recursos del medio ambiente, además de ejemplificarles como se aprovecha y distribuye lo necesario le hablará de la sal y de otras municiones de guerra y boca, que pueden obtenerse burlando la vigilancia de los cañones. Se hace perito en improvisar la pólvora y organizar la confección mambisa de serones, lomillos, cabestros, sogas, jáquimas y fuster. Con un corta-frío pueden sacarse balas de cualquier pedazo de hierro viejo. El plomo, para tirar, de donde quiera puede salir, hasta de una balastrada, la cuestión es viabilizarlo, así salga de los mismos cuernos de Satanás. Máximo Gómez elogiará en su Diario esta aptitud del Mayor Agramonte. Por eso cuentan viejos mambises que un día, en que corriera la candela de un tiroteo de estas balas de Agramonte, un soldado español dijo: "Mambises: no seais brutos!" ¡No tiréis con ventana!... En el rescate del brigadier Sanguily logra su objetivo, cuando dice: —"¡Trompeta! ¡Toque usted al degüello!"... Por fin llega el instante póstumo en que la sangre de Ignacio Agramonte va a bautizar la tierra de Jimaguayú. Correrá al combate sobre su caballo Ballestilla, al mando de la caballería camagüeyana. El Mayor, enardecido de su sangre en las arterias, la conducirá al triunfo o la muerte. La espuela es un acicate constante para su caballo, mientras le siguen los jinetes contagiados por su ardor. Las tropas cubanas del punto central todavía no encienden el fuego concorde. Calladamente avanza el soldado enemigo, por entre la hierba alta del potrero. Ella tapa las intenciones del enemigo. Después, el Mayor, con sus ayudantes, se verá envuelto totalmente por la íntegra compañía de León. Esfuerzos inauditos por la voluntad indomable de abrirse brecha, para asegurar la victoria o la muerte, con el vigor moral y el arma tendida al ataque ofensivo y defensivo. Más, Ballestina se enca-

brida, y el General Ignacio Agramonte, cae de su caballo a tierra. Una de esas balas que buscan un pretexto para immortalizarse, le liquidó la vida material. Máximo Gómez dirá: "Pierde Cuba uno de sus grandes hijos y el Ejército uno de los más esforzados y valientes soldados"... De Jimaguayú fué conducido por el enemigo a Camagüey. Se dice que pasearon su cadáver por las calles, y que lo quemaron para que los voluntarios, ¡siempre los siniestros voluntarios!, no lo arrastraran. Tal vez aventará sus cenizas, pero imposible aventar el aliento inmortal de su espíritu. Aquel día los cubanos del 68 iban a tener gravado el recuerdo histórico del héroe y mártir de Jimaguayú. Han pasado los años, pero no la memoria de Agramonte. La tierra, muchas veces, es olvidadiza con los que caen, pero sería ingrata y no tendría ningún sentido renovador, si olvida a los que murieron por redimirla.

... con los que murieron por redimirla.

Handwritten note: 4/24, Cam 4/72

... PATRIMONIO DOCUMENTAL

